

JOSÉ

(*Al tío Antón.*) ¿Regaremos mañana?

EL TIO ANTÓN

—Sí; ya sabes que hay que madrugar pa que no nos quiten el agua. Echate pronto.

JOSE

—Tavía es temprano; desgranaré estas panochas.

EL TIO ANTÓN

—Lo que quieras. ¿Y tú, Santa?

SANTA

—Voy á ver si acabo esta armilla.  
(*Mostrando la costura.*)

EL TIO ANTÓN

—Bueno (*Cierra la puerta de la casa y después entra al cuarto.*)

## XX.

José y Santa.

(*Quedan completamente solos; hay un embarazoso silencio. José desgrana panizo, hondamente preocupado; su rostro se nubla con sombría tristeza que se aumenta gradualmente. Santa, que está algo alejada de él, lo mira ansiosamente, sin saber cómo empezar á hablarle. Pausa.*)

SANTA

(*Timidamente, con acento triste y cariñoso.*) José, tengo que decirte una cosa.

JOSÉ

(*Mirándola con alguna cortedad y también con acento triste y dulce.*)—Tú dirás.

SANTA

—Es una cosa... que puede que ya la sepas, como toa la huerta la sabe.

JOSÉ

—Puede que sí.

SANTA

—Es... el por qué de venir tanto si Mayorajo á esta casa. *(José no levanta la cabeza. Santa, tras una breve pausa, viendo que él nada dice, continúa con mayor timidez y mayor tristeza.)* Sabrás... como me ha pedío compromiso.

JOSE

*(Sin mirarla.)*—Ya lo sé.

SANTA

*(Emocionada, temblorosa, casi llorando.)*—¿Y qué te páece?

JOSE

*(Con esfuerzo sobrehumano y mirándola con sublime resignación.)*—¿Qué

me ha de paecer! Que es una suerte. *(Pronuncia la palabra «suerte» de una manera que, sin dejar de ser natural, encierra una ironía dolosa.)*

SANTA

—*(Con profunda extrañeza.)*—Una suerte?

JOSÉ

—Sí; tos lo dicen.

SANTA

*(En tono de triste reconvencción.)*—¡Y tú también!

JOSÉ

—Es la salvación de tus padres.

SANTA

*(Sorda y desesperadamente.)*—Es la condenación mía!

JOSÉ

—Santa... ¿y por qué ha de ser eso?

SANTA

—Porque yo no quiero al Mayorajo.

JOSÉ

(*Con asombro en el que brilla un leve relimpago de alegría, quedando al punto más sombrío y triste.*) ¡No?!

SANTA

(*Con franca pesadumbre.*)—¡No!

JOSÉ

—Pero quieres á tus padres.

SANTA

—Con toa mi alma!

JOSE

—Es que si no se hace ese casamiento, tus padres están perdíos.

SANTA

—¡Perdíós!.. por qué? (*Animada y mirándolo apasionada é insinuante.*) Tra-

bajaremos tú y yo... trabajaremos sin descanso, día y noche... pa ellos na más... pa que no les falte náica! Tú y yo siempre, como trabajamos ahora! (*Marca con deleite el «tú» y «yo».*)

JOSÉ

—No es bastante, Santa. (*Conteniendo su dolorosa desesperación.*) Con tó nuestro trabajo, no juntaríamos nunca lo que hace falta pa pagar el rento... ¡y el rento es tó! A tus padres les faltaría la vida.

SANTA

—¡La vida!

JOSÉ

—La vida, sí, la vida! Esas tierras que tantas veces han regao con el sudor de su frente... esta casa ande ha nació tu padre y ande has nació tú... Desengañaate: si no se paga el rento ó te casas con el Mayorajo, que es lo mesmo, nós echarán á la calle como si fuéramos

unos extraños, y los pobres viejos se morirán de tristeza en cuatro días!...

SANTA

(*Sollozando.*)—¡Dios mío!

JOSÉ

(*Muy dulce y tristemente.*)—Lo que oyes, Santa. Y echar á tus padres de aquí, es matarlos. Ellos son como los árboles viejos: los pobres han echao raíces hondas en este piazó de huerta y, si los trasplantan ahora, es seguro que se mueren.

SANTA

—Si tienes razón... (*Con gran abatimiento. Después, llena de mortificante confusión.*) ¿Pero cómo eres tú quien habla de ese modo?

JOSÉ

¿Y quién ha de hablar así mejor que yo? Tú no te acuerdas de lo que tus padres hicieron por los míos y por mí...

eras muy pequeña... Yo me acuerdo como si fuera ahora mesmo cuando aquello pasara... (*Pausa y, luego, en evocación solemne.*) El frío de la calentura se nos metía hasta los huesos y nos quitaba la vida poco á poco... el frío de nuestra pobreza y abandono se nos metía hasta el corazón, helándonos toa esperanza... Pues de aquí, como si esta casa fuera el mesmo cielo, llevaron tus padres á la mía mantas y cobertores que nos quitaban el frío del cuerpo y cuidados y cariños que nos quitaban el frío del corazón! (*Pausa.*) Después... cuando mi padre ya estaba en las últimas, comprendiendo el tuyo lo que querían decir aquellas mirás de desconsuelo que nos echaba, se acercó y le dijo endulzándole aquella agonía: «No te apures; tu mujer y tu hijo quean á mi cargo.» (*Casi llorando.*) Ya lo ves: tó de tus padres, tó de aquí: pan pa el hambre, calor pal cuerpo, cariños pa el alma! (*Pausa.*) Y se murió mi padre y á tu casa vinimos mi madre y yo. Y mi madre estuvo un año entero peleando entre la vida y la

muerte... y tus padres acudiendo á tó lo que había que acudir... hasta que al remate, también cayó la pobre, consumía por sus malencias y por la pena de haberse quedao viuda... Y paeciéndoles á tus padres poca tavía tanta virtud, me recogieron pa siempre y me han criaao como si fuera su propio hijo. ¡Ya ves si les debo! ¡Ya ves si es justo que hable así! ¿Cómo he de hablar yo, si jamás olvido tó el bien que por nosotros se ha hecho en esta casa y si nunca se me va de delante de los ojos y de dentro del pecho, aquel consuelo tan grande que tuvo mi padre en la hora de su muerte? Me tomas parecer... Y qué te he de decir yo? Que te cases con el Mayorajo, que asegures la vejés de los pobres viejos... y na más.

SANTA

(*Con abatimiento sombrío.*)—Tó lo que me dices es el Evangelio. ¿Pero por qué me lo has de decir tú si, teniendo razón, páece locura y, siendo una verdá, páece mentira? (*Pausa.*) Los pobres

viejos!... mis padres!... Náide les tiene más querer que yo!... (*Con desesperación.*) ¡Pero es que va á ser muy grande mi sacrificio!... ¡muy grande!.. Yo no quiero al Mayorajo! ¡Yo no quiero á ese hombre! lo aborresco! es la causa de toas nuestras penas! es el rento que ha tomao cuerpo en persona!..

JOSE

(*Con expresión de duda y dejos de dolor y de alegría.*)—¡¿Y dices que no lo quieres?!

SANTA

(*Con rabia.*)—No! ¿Cómo quieres que te lo diga? No! no lo quiero! ¡Ni verlo! ni soñarlo! ni que me lo mienten!

JOSÉ

—Pues esta noche, al entrar yo, bien que te han visto mis ojos junta con él... lao por lao y abonico hablando!

SANTA

—¡Lao por lao!... sí! Pero qué lejos

su sentir del mío! ¿Eso no lo has visto tú, verdá? (*José mueve lenta y negativamente la cabeza.*) ¡Que hablábamos abónico!... ¡Pero lo que mi corazón decía á voces, tampoco lo sabes! (*Pausa. José rehuye las miradas de Santa; ella prosigue, como tomando una resolución extrema.*) Y no es lo peor que aborresco al Mayorajo... ¡es más grande mi desgracia!

JOSE

(*Con interés.*)—¿Por qué?

SANTA

—¡Por qué ha de ser?!... (*Con sorda pasión y cogiéndolo por los brazos con amorosa rudeza.*) Bien lo sabes!

JOSE

(*Adivinando.*)—¡Santa!

SANTA

—Sí, porque te quiero con tó mi corazón!

JOSE

(*Conmovido.*)—¡Dios mío!

SANTA

—¡Con toa mi alma!

JOSE

(*En explosión de gozo, pero conteniéndose al instante abrumado, aterrado.*)

—¡¿Que me quieres?!... ¡¿Que me quieres!

(*Santa sigue diciendo que «sí» con la cabeza y con los ojos, expresando su cara una angustia infinita, al ver que José se aparta de ella como huyendo su contacto y sin corresponder con una sola palabra de afecto á la confesión de su cariño. José retrocede temblando hasta la escalera y sube vacilante, sin apartar sus ojos de Santa; ella, desolada, lo mira alejarse como una ilusión que se desvanece...*)